

ILUSTRACION ARTISTICA

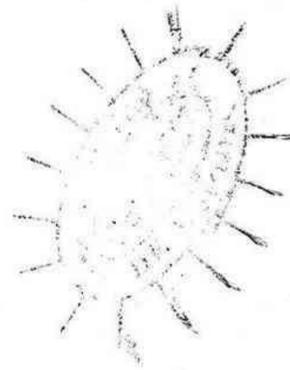
PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO IV. — AÑO 1885

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1885

1. INTRODUÇÃO

2. OBJETIVOS

3. METODOLOGIA

4. RESULTADOS

5. CONCLUSÃO

6. REFERÊNCIAS

7. ANEXOS

8. BIBLIOGRAFIA

9. ÍNDICE

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL CUARTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Otro año, por D. Emilio Castelar, 2.
La caja de alerce, por D. F. Moreno Godino, 3.
La tiple, por D. Eduardo de Palacio, 6.
El egoísmo, Apuntes morales, por D. Juan Justo Huguet, 6.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 10.
La noche de difuntos en las ruinas de Poblet, por D. Victor Balaguer, 11.
Contrastes, por D. U. Gonzalez Serrano, 11.
La caja de alerce (continuación), 14.
La ciencia antigua. Las vasijas maravillosas, por A. de R., 15.
La noche de difuntos en las ruinas de Poblet, (conclusión), 18.
¡No hay lince como el amor! por D. Enrique Valdivieso, 19.
La caja de alerce (continuación), 22.
La ciencia antigua. Las vasijas maravillosas, por A. de R., 23.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 26.
La niña perdida, por D. J. Zahonero, 27.
La caja de alerce (continuación), 27.
Las variaciones de los climas, por el Doctor Hispanus, 31.
Las aventuras de un muerto, cuento fantástico, por D. Gaspar Nuñez de Arce, 34.
¿Quién era el doctor X? (Literatura del porvenir), por D. Casto Vilar, 35.
La caja de alerce (conclusión), 38.
Los límites de la atmósfera, por D. José Rodríguez Mourelo, 39.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 41.
Las aventuras de un muerto (continuación), 43.
Enriqueta, por D. A. Sanchez Perez, 46.
La ciencia antigua. Los vasos de abluciones maravillosos, por A. de R., 48.
Sin careta. Artículo de carnaval, por D. Benito Mas y Prat, 50.
Las aventuras de un muerto (continuación), 51.
Al vado ó á la puente, por D. Pedro M.ª Barreira, 54.
El carnaval, por D. E. de Lustonó, 54.
Colon, artículo necrológico, por D. Antonio Corton, 55.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 58.
La muñeca (cuento), por D. J. Zahonero, 59.
Las aventuras de un muerto (conclusión), 62.
Estudios prácticos sobre la marcha del hombre, por M. A., 62.
El mansoleo de Augusto, por D. Emilio Castelar, 66.
De ventana á ventana, por D. Félix Rey, 66.
Solita. Novela de costumbres, por D. Enrique Perez Eserich, 70.
Los grandes inviernos, por el Doctor Hispanus, 71.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 74.
Costumbres del siglo XVIII. El chocolate, por Don Julio Monreal, 75.
Solita (continuación), 78.
Los grandes inviernos II, por el Dr. Hispanus, 79.
Eugenio Pelletan, por D. Emilio Castelar, 82.
Solita (continuación), 83.
Los grandes inviernos, III y último, por el Doctor Hispanus, 87.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 90.
En un calabozo (cuento inverosímil), por Fabricio, 91.
Solita (continuación), 91.
Eclipses y ocultaciones de los astros. - I. Eclipses de sol, por A. A., 94.
Jueves Santo, por D. Emilio Castelar, 98.
Las saetas, por D. Benito Mas y Prat, 99.
Solita (continuación), 102.
Eclipses y ocultaciones, de los astros. - II. Eclipses de luna, por A. A., 102.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 106.
Solita (continuación), 107.
Un caso de vivisección, por Plácido, 111.
Solita (continuación), 114.
La guirnalda de la muerte, por D. Gregorio de Sotomayor, 118.
La catarata del Niágara, por A. A., 119.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 122.
D. Eugenio Sellés, aplaudido autor dramático, por D. Manuel Cañete, 122.
Solita (continuación), 126.
Los mares, por A. A., 126.
Acnarea, por D. J. Miralles y Gonzalez, 130.
El regidor (cuento sucedido), por D. Carlos Coelho, 131.
Solita (conclusión), 134.
Los terremotos, por D. José Echegaray, 135.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 138.
El regidor (continuación), 139.
El maestro triste, por D. F. Moreno Godino, 142.
Las mareas, por A. A., 143.
Evangalista y apostólica, por Fabricio, 146.
Entre las olas, por D. Rafael Trillo de Merelo, 147.
El regidor (conclusión), 150.
El tiempo, por D. U. Gonzalez Serrano, 151.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 153.
Funcion por horas, por D. Carlos Malagarriga, 154.
El amor que asesina, tradición madrileña, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, 155.
Entre las olas (continuación), 155.
La sensibilidad y los sentidos. - I. Consideraciones generales, por D. U. Gonzalez Serrano, 159.
El amor que asesina (continuación), 162.
El perro de lanas, por D. Juan Martinez, 166.
La sensibilidad y los sentidos. - II. Leyes de la sensibilidad, por D. U. Gonzalez Serrano, 167.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 170.
El amor que asesina (continuación), 171.
Un matrimonio, por D. Pedro María Barrera, 173.
La sensibilidad y los sentidos. - III. El placer y el dolor, por D. U. Gonzalez Serrano, 175.
Los antepasados de don Iñigo, por D. J. Ortega Munilla, 178.
Mi tía Eduvigis, por D. A. Sanchez Ramon, 182.
El amor que asesina (conclusión), 182.
La sensibilidad y los sentidos. - IV. Idea general de los sentidos, por D. U. Gonzalez Serrano, 183.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 186.
Amor de viejo, por D. Carlos Malagarriga, 187.
Mi tía Eduvigis (conclusión), 190.
La sensibilidad y los sentidos. - V y último. La emoción y la inteligencia, por D. U. Gonzalez Serrano, 190.
La escala de la muerte, por D. Félix Rey, 194.
La serenata, por D. Eduardo Lopez Bago, 195.
La cruz más santa (leyenda del siglo XV), por D. Antonio de Trueba, 198.
La inoculación del cólera, por el doctor A. Fernandez-Caro, 199.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 202.
El pastor blanco, por D. Felipe Burgos y Campillo, 202.
La cruz más santa (continuación), 206.
La danza morisca, 206.
El nido del cuclillo (cuento), por D. J. Ortega Munilla, 210.
La frase final, por D. Félix Rey, 211.
La cruz más santa (conclusión), 214.
El estilo románico y el gótico, por D. F. Giner de los Rios, 215.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 217.
El nido del cuclillo (continuación), 218.
¿Nos casamos?, por D. A. Sanchez Perez, 219.
La perforación del istmo de Panamá, 222.
La pintura contemporánea en Inglaterra. Los Pre-Rafaelistas, por D. F. Giner de los Rios, 223.
El nido del cuclillo (continuación), 226.
Fiestas populares. La noche de San Juan, por Don Félix Rey, 227.
El torpedero 68, 230.
Pintores contemporáneos. Meissonnier, por D. F. Giner de los Rios, 231.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 234.
Un amante ideal, por D. Rafael Garcia y Santisteban, 235.
El nido del cuclillo (continuación), 238.
La cremación de los cadáveres en la India oriental, por I. Philaire, 239.
El naipe favorito, por D. Benito Mas y Prat, 242.
Aurora, idilio, por D. Vicente Colorado, 243.
El nido del cuclillo (conclusión), 247.
Tempestades á fuego lento, por el Doctor Hispanus, 248.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 250.
Casa de vecindad (cuadros al natural), por D. M. Ossorio y Bernard, 250.
Mi reja, por D. Benito Mas y Prat, 251.
Aurora (conclusión), 254.
¡Vivimos por el Doctor Hispanus!, 255.
La Urbana, por D. Fernando Martinez Pedrosa, 258.
El salto del Paje, leyenda de Asturias, por D. Luciano Garcia del Real, 259.
La casa de vecindad (conclusión), 262.
El vulgo, por D. U. Gonzalez Serrano, 264.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 266.
La caja de préstamos (páginas de la miseria), por D. Eduardo Saco, 267.
La Urbana (conclusión), 270.
Sinónima parda, por D. A. Sanchez Perez, 272.
La muerte de Espartaco, por D. Emilio Castelar, 274.
La última palabra del Credo, por D. Eduardo de Palacio, 275.
Entre el cielo y la tierra, por D. Félix Rey, 278.
La ciencia antigua, por A. R., 279.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 282.
Ir por lana... por D. Ramon de Novelda, 283.
¡A bañarse! (artículo de verano), por D. Marcos Calvo y Bustamante, 284.
Entre el cielo y la tierra (conclusión), 285.
El arte por el arte, por D. Angel R. Chaves, 286.
Ir por lana (continuación), 290.
La última nota, por D. E. de Lustonó, 291.
Los nuevos cuerpos simples, por D. José Rodríguez Mourelo, 295.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 297.
El Excmo. Sr. D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero, Mariscal de campo, Director general del Instituto Geográfico y estadístico, 297.
Ir por lana (conclusión), 302.
La extracción del petróleo en los Estados Unidos, por H. B., 302.
El Excmo. Sr. D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero, Mariscal de campo, Director general del Instituto Geográfico y Estadística (conclusión), 306.
El tiesto de claveles, por D. F. Moreno Godino, 310.
Ir por lana (conclusión), 310.
Caridad del bronce (episodio de la vida militar), por D. José de Siles, 311.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 314.
El tiesto de claveles (continuación), 315.
Pepe, por D. A. Sanchez Perez, 318.
Flor de azahar (idilio), por D. Benito Mas y Prat, 322.
Los tertulianos de la Rebotica. Fotografías de la aldea, por D. Enrique Perez Eserich, 323.
Pilar, por D. Juan Antonio Cavestany, 326.
El tiesto de claveles (conclusión), 327.
Nueva máquina tipográfica de componer, 328.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 330.
Pilar (conclusión), 331.
¡Si yo fuera rico! Cuento realista, por D. Luis M. de Larra, 334.
Represas torrenciales, por D. E. Benot, 335.
Observaciones sobre el carácter de D. Juan Tenorio, por D. F. Pi y Margall, 338.
Unificación de fechas, por D. E. Benot, 342.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 346.
Observaciones sobre el carácter de D. Juan Tenorio (continuación), 347.
La gigantomaquia de Pérgamo, por D. Luis Carreras, 351.
Otoño. La caída de las hojas, por D. Benito Mas y Prat, 354.
La novela de un periodista, por D. A. Sanchez Perez, 355.
¡Si yo fuera rico! (conclusión), 358.
La gigantomaquia de Pérgamo (conclusión), 359.
Aurora al año, por D. Angel R. Chaves, 362.
La trasmigración del amor, por D. Vicente Colorado, 363.
El pintor del cielo, por D. Manuel Cañete, 366.
La novela de un periodista (conclusión), 367.
Globos cautivos trasportables, para el servicio de los ejércitos. - Sistema Gabriel Yon, por G. T., 367.
....Y nació Lope de Vega. Cuento histórico, por D. Luis Mariano de Larra, 370.
El torrente del Diablo (leyenda provenzal), por D.ª Josefa Pujol de Collado, 371.
Patria y Rey, episodio del año 1811, por D. Antonio J. Lorenzo, 374.
Telegrafía y Telefonía simultánea en Bélgica, 375.
La vuelta al año, por D. Angel R. Chaves, 377.
El torrente del Diablo (continuación), 379.
Las pequeñas miserias, por D. Rafael Trillo de Merelo, 382.
La línea teleférica de Glynde, 384.
El enterrador de Valsombreda, por D. Angel R. Chaves, 386.
Trinidad, por D. José de Campo Arana, 387.
El torrente del Diablo (conclusión), 390.
El Brocken y las minas del Hartz (Alemania), por C. G., 390.
La vuelta al año, por D. J. Ortega Munilla, 394.
¡Felices Pascuas! por D. Benito Mas y Prat, 395.
Trinidad (conclusión), 398.
La explosión de Hell-Gate, 400.
El alfabeto en la Paremiología, por D. José María Sbarbi, 402.
El viento impío, por D. Emilio Morais, 403.
Una venganza de Alhama el Magnífico, leyenda granadina, por D. Luciano Garcia del Real, 403.
Una comedia de antaño, por D. Juan Otero y Gonzalez, 407.
Distribuidor automático de tarjetas postales y sobres timbrados, 408.
La vuelta al año, por D. José Ortega Munilla, 410.
Rosa de Mayo, por D. Marcos Calvo y Bustamante, 410.
Los Metodistas, 411.
El viento impío (conclusión), 414.
Nuevo procedimiento para evitar los choques con las masas de hielo durante las nieblas, 416.
El paño de corcho, 416.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL CUARTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Los peritos, cuadro por B. Lowith, 1.
Un mercado de caballos en Polonia, cuadro por A. Wiernsz-Kowalski, 4.
El cantor ambulante, cuadro por T. Conti, 5.
Gori, gori... cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri, 7.
Los representantes extranjeros en la conferencia de Berlín, 8.
Sin hogar, dibujo de María Laux, 9.
Hodie tibi, cras mihi, cuadro por Pier Celestino Gilardi, dibujado por A. Riera, 12.
Digo... ¿Tiene calli? dibujo por Llovera, 13.
Hamlet y Ofelia, cuadro por Alberto Rinaldi, dibujo del autor, 15.
Vasija de Heron, 16.
Aparato de Heron, 16.
Un matrimonio de conveniencia, cuadro por A. Lonstannan, 16.
Un muerto maltratado, grupo en yeso del conde de Ferrieres, 17.
Escuadra á la vista, cuadro por M. Volkhart, 20.
Ferias y fiestas de Barcelona. - Carro alegórico del Ayuntamiento. Composición y dibujo de J. L. Pellicer, 21.
Aparador, exhibido por la Escuela de Bellas Artes de Lahore, 22.
Ventana esculpida de Bliera, 23.
Vasija maravillosa de Heron de Alejandria, 24.
Una vasija maravillosa de Heron, 24.
El enano de la corte, cuadro por G. Gelli, 24.
Las mujeres germanas en la batalla de Aquia Sextia, cuadro por W. Lindenschmit, 25.
¡Tómala, hijo mio!... cuadro por Conrado Grob, 28.
La ramilleteira, dibujo por A. Fabrès, grabado por Branguli, 29.
El memorial, acuarela por J. A. B. Stroebel, 31.
¿Cuánto te quiero, abuelita! 32.
En dulce amor y compañía, cuadro por Knut Etwall, 32.
Concierto en el antiguo Egipto, cuadro por A. Cabbet, 33.
Cuentos, 36.
Agar é Ismael en el desierto, cuadro por C. K. Liska, 37.
A la puerta del convento, cuadro par P. Thumann, 38.
Después de la nevada, cuadro por De Vigne, 39.
Teseo dando muerte al Centauro, grupo en mármol, por Canova, 40.
Los esposos del desierto, cuadro por Pablo Mayerheim, 41.
Dos azucenas, cuadro por Conrado Kiesel, 44.
No hay atajo sin trabajo, cuadro por S. Deskle, 45.
La torre Victoria en Londres, 47.
Vaso de abluciones á modo de alcancía, 48.
Vaso de abluciones de torniquete, 48.
La estampa de su padre, cuadro por Mantegazza, 48.
Una hermosa vienesa, dibujo por J. Ruffel, 49.
Antes, cuadro por E. Grutzner, 52.
Junto al pozo, cuadro por R. Madrazo, 52.
Ahora, cuadro por E. Grutzner, 53.
Pescador veneciano, cuadro por R. Falkenberg, 53.
Ondina, cuadro por Pablo Mayerheim, 55.
A la última morada, cuadro por L. Knaus, 56.
Reunión de cazadores, dibujo por E. Cerconi, 56.
El autor predilecto, cuadro por E. Grutzner, 57.
Después de la nevada, cuadro por H. Werner, 60.
Pro Patria, dibujo por L. Roca, 61.
Tatuaje, ó pintura del cuerpo de los indígenas de la Oceania (copiado de una fotografía), 63.
Firmando una sentencia, 63.
Estudios prácticos sobre la marcha del hombre, tres grabados, 64.
Tipo de belleza (reproducción fotográfica por el método Meisenbach), 65.
Una sopita, cuadro por L. Alvarez, 68.
En las carreras, dibujo por J. Llovera, 69.
El néctar germánico, cuadro por G. Geiger, 71.
Mestizas de Filipinas, dibujo por J. Montano, 72.
Tipo de belleza (reproducción fotográfica por el método Meisenbach), 73.
Dos hermanas, cuadro por E. Blaas, 76.
La cabrera, dibujo por J. M. Marqués, 77.
Solaces musicales, cuadro por T. E. Rosenthal, 78.
El pintor cartujo, cuadro por H. Kaulbach, 79.
Victor Maurel, 80.
Enrique Burton, 80.
Agar, cuadro por N. Sichel (grabado por G. Stadelmann), 81.
El regalo de la boda, copia del celebrado cuadro de Sanesi, 84.
La oración matinal, cuadro por P. Wagner, 85.
Aldeana de Suabia, 87.
Apunte, por B. Galofre, 88.
Un tiempo del directorio, cuadro por A. Zick, 88.
Un eclipse, cuadro por J. G. Brown, 89.
Teología (San Pablo predicando en Atenas en el atrio de un templo), cuadro por el profesor Rosenfelder, 92.
Jurisprudencia (Solon haciendo jurar á los arcontes y al Senado de Atenas que observarían sus nuevas leyes), cuadro por Gustavo Graf, 92.

Filosofía (Muerte de Sócrates en la prisión), cuadro por el profesor Pietrowski, 93.
Medicina (Hipócrates asistiendo a un enfermo en Atenas), cuadro por el profesor Rosenfelder, 93.
La dama del halcón, cuadro por Luis Sorio, 95.
Teoría general de los eclipses, 96.
La dicha perdida, cuadro por Canuto Ekwall, 96.
La oración ante el Calvario, cuadro por G. Haquette, 97.
La hija de Jairo, cuadro por Gustavo Richter, 100.
La puerta del convento de Bethlehem, cuadro por A. Bida, 101.
En el templo, dibujo por W. Lowith, 103.
Una berlina alumbrada con luz eléctrica, 104.
Colocación de las cajas de acumuladores debajo del pescante, 104.
Horror!..., cuadro por A. Zimmermann, 104.
Tipo de Andalucía, estudio por J. M. Marqués, 105.
Un canal en Venecia, 107.
Recuerdo de Zurich, 108.
Gran canal de Venecia, 109.
Jóven romana, 110.
Nápoles. - Vista de Posilipo, 110.
Estudio de un tipo granadino, 111.
Puerto de Nápoles, 111.
José María Marqués, 112.
Tipo de belleza (reproducción fotográfica por el método Meisenbach), 113.
Música en el castillo, cuadro por H. Bougert, grabado por Brend'amour, 116.
La última mano, dibujo de Llovera, grabado por Artigas, 117.
Don Francisco Goya y Lucientes, estatua en bronce esculpida por D. Rosendo Nobas, 118.
Estados Unidos. - El salto del Niágara, 119.
Bruno Piglhein, 120.
Taller de Bruno Piglhein, 120.
Don Eugenio Sellés, aplaudido autor dramático, 121.
Las joyas de la novia, cuadro por G. Schachinger, 124.
Aldeana del valle de Muhlbach, cuadro por W. Hoesmann, 125.
Al salir de la iglesia, 127.
Un recuerdo de Roma, dibujo por Marqués, 128.
Tipo de belleza (reproducción fotográfica por el método Meisenbach), 129.
En el gabinete de Su Excelencia, cuadro por Max Volkhart, 132.
El campo, dibujo por J. R. Wehle, 133.
Un día de gala en Hampton Court, 135.
Águiles herido, estatua en mármol por Ernesto Herter, 136.
Nemesis, cuadro por K. Kronberger, 137.
La huérfana, cuadro por F. Compte-Calix, 140.
Jaleo, dibujo por A. Fabrés, 141.
La ley de Lynch, cuadro por R. Zopbaum, 143.
Las mareas, dos grabados, 143.
La aplicación, dibujo por F. Delfregger, 144.
Los tambores de la república, 144.
Preparativos temibles, cuadro por W. de la Guardia, 145.
Una partida de cartas, cuadro por M. Lovatti, 148.
El último ómnibus, cuadro por D. J. Luis Pellicer, 149.
Marieta, de un cuadro de E. Hubner, 151.
Iglesia de Santa María en Stuttgart, 152.
En grata contemplación, dibujo por E. Niezky, 153.
Descanso en el desierto, cuadro por Rodolfo Huber, 156.
Artículo de fondo, copia de un celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel, 157.
Fray Panfulla, escultura por Lodi, reproducción de una fotografía por el método Meisenbach, 159.
Aparato aéreo Goupil, dos grabados, 160.
Últimas horas, cuadro por Grocholski, 160.
La partida del marinero, cuadro por M. Brun, 161.
Flamenca, escultura por J. Carcassó, 162.
Grupo escultórico, por R. Nobas, inspirado en el poema L'Atlántida, 162.
¡Allá vá! acuarela por A. Fabrés, 163.
Campesina napolitana, pintura al óleo por L. Roca, 163.
La lectura del poeta, cuadro por E. Rasch, 164.
Rey de armas, copia de una acuarela por F. Pradilla, grabada por M. Weber, 165.
Un coup d'œil, pintura al óleo por R. Ribera, 166.
Un camino abandonado, pintura al óleo por A. Ribas, 166.
¡Saldrá! pintura al óleo por F. Galloffe Oller, 167.
Amateur, pintura al óleo por J. Ferrer Miró, 167.
D'ordre del senyor Arenalde, pintura al óleo por J. L. Pellicer, 168.
Paisaje, pintura al óleo por T. Sans, 168.
En el descanso, acuarela por L. Obon, 168.
El Doge en el Consejo de los Diez, acuarela por J. Villegas, 169.

La buena hermanita, cuadro por R. Sonderland, 172.
La poesía y la ciencia, grupo escultórico por Juan Benk, 172.
Recelos maternales, cuadro por Rosa Schweninger, 173.
Las artes y el comercio, grupo escultórico por Juan Benk, 173.
Charitas, pintura al óleo por J. Bosch y Calilla, 174.
Calle Mayor de Sitges, pintura al óleo por Roig Soler, 174.
Una calle de mi pueblo, pintura al óleo por Ruiz de Leon, 174.
Tristes recorts, pintura al óleo por A. Fusté, 175.
Muelle de Barcelona, pintura al óleo por J. Llaveria, 175.
Cabeza de estudio, dibujo por R. Call, 175.
Victor Hugo, 176.
Proyecto de defensa de un puerto por medio de torpederos, 176.
Gitana, cuadro por G. Vartagh, grabado por M. Weber, 177.
La cosecha de frambuesas, cuadro por Julio Adam, 180.
El último canto, copia del celebrado cuadro de F. Aclim de Arnim, 181.
El globo dirigible de Wolf, 183.
Lord Dufferin, virey del imperio anglo-indio, 184.
Abd-ur-Rhman, emir del Afghanistan, 184.
La acometida, 184.
Foscari abandonando el palacio ducal, acuarela por J. Villegas, 185.
El último remedio, cuadro por Bodenhausen, 188.
Recuerdo de Venecia, dibujo por J. M. Marqués, 189.
Flores de invierno, dibujo por Jorge Hirt, 191.
El doctor don Jaime Ferrán y don Inocente Paulí y Garcerá, 192.
En el mercado de Fez, cuadro por Ricardo de Mardrazo, 193.
La despedida postrera, cuadro por A. Hirschl, 196.
Entre bastidores, dibujo por J. Llovera, 197.
Artes y oficios. - Dibujos de doble aspecto, 200.
Acabó el Carnaval, dibujo por C. Randanini, 200.
Los gemelos, cuadro por Luis Deschamps, 201.
La emboscada, cuadro por C. Kiesel, 204.
Reparto del botín, cuadro por J. Weiser, 205.
Parte del techo de la casa consistorial de Munich, 207.
La casa consistorial de Munich, 207.
Figuras que adornaban el salón de sesiones de la casa consistorial de Munich, 208.
San Francisco de Asís en sus últimas horas, cuadro por J. F. Weerts, 209.
¿Pensará en mí?... cuadro por E. Niezky, 212.
José II visitando el cuartel de inválidos en su niñez, cuadro por G. Hackl, 213.
¿Acabará de salir?... 215.
Reina del interior de la colonia de Angra pequeña, 216.
Indígena del alto Damara, 216.
Rey del interior de la colonia de Angra pequeña, 216.
Por la madre patria, cuadro por A. B. Gil, 216.
Junto al arroyo, cuadro por H. Gude, 217.
Antes de la lidia, dibujo por J. Llovera, 220.
Después de la lidia, dibujo por J. Llovera, 221.
El marqués de Salisbury, presidente del nuevo ministerio inglés, 223.
Islotes de Herm y Jethou, en el canal de la Mancha, 223.
Los Casquetes, escollos del canal de la Mancha, 223.
Trabajos de perforación del istmo de Panamá, tres grabados, 224.
Violante, copia de un cuadro de Palma el viejo, (existente en la galería del palacio imperial de Belvedere, en Viena), 225.
En el estribo, cuadro por Meissonnier (copia de una heliografía publicada por E. Lecadre y compañía, de París), 228.
La revuelta de los labriegos, cuadro por L. Hertel, 229.
El candor, dibujo por H. Gong, 231.
Papelera presentada en la última Exposición de Turin, 232.
Jarrón presentado en la última Exposición de París, 232.
El torpedero 68 (de fotografía instantánea), 232.
La florista silvestre, dibujo por L. Roca, 233.
La escuela de natación, cuadro por W. Kray, 236.
En la cuadra, dibujo por Ricardo Balaca, 237.
Buenaventura Carlos Arribas, estatua por Manuel Fuxá, colocada en los jardines del Parque de Barcelona, 239.
Los amantes de Ternel, cuadro por S. Degrain, 240.
Los puritanos, interrogatorio al hijo del proscrito, notable cuadro de J. W. Neames, 240.

La jaula del león, cuadro por G. Wertheimer, 241.
La visita, cuadro por Muncaksky, 244.
El árbol sacro, cuadro por Enrique Serra, 245.
El faro de Corbiere en la isla de Jersey, 247.
Contiendas domésticas, dibujo por H. Weir, 248.
Emilio Zola, 249.
Los inteligentes, 252.
C'intendiamo, cuadro por F. Vinea, 253.
La caeceria, dibujo por Bool, 255.
Un tipo meridional, dibujo por F. Reiss, 256.
En el corral, 257.
Floralia, cuadro por Ada Mangilli, 260.
Paisaje, por T. Urgellés, 201.
La pescadora, cuadro por R. Falkenberg, 262.
Refugium, cuadro por R. Falkenberg, 263.
Grata correspondencia, cuadro por Ch. Sprinmann, 264.
Peregrinas alsacianas, cuadro por M. Feuerstein, 265.
Hebe, estatua por Cánova (existente en la galería nacional de Berlín), 268.
La súplica, cuadro por Lindenschmit, 269.
Pescar en agua mansa, 270.
Cazar en vedado, 271.
El primer sinsabor, cuadro por Enrique Mosler, 272.
Milne-Edwards, célebre naturalista francés, 273.
Muerte de Tristan, cuadro por J. Goldberg, 276.
Santa Lucía, dibujo por G. L. Seymour, 277.
Puerta del castillo de Carisbrook en la isla de Wight, 279.
Orillas del lago, cuadro por F. Lematte, 280.
Altar maravilloso, 280.
Estatua maravillosa de Cibeles, 280.
Otro tipo de belleza, cuadro por J. R. Wehle, 281.
La cita en el bosque, cuadro por W. Amberg, 284.
El guardian del ganado, cuadro por Max-Lebling, 284.
El cercado ajeno, cuadro por R. Assums, 285.
Junto al mar, cuadro por G. Bos, 285.
En Hungría, 287.
La tortuga buitre, 288.
El suplicio de unos Tántalos, cuadro por S. Dadd, 288.
¿Jugará limpio?... cuadro por E. Grutzner, 289.
Despedida afectuosa, cuadro por J. R. Wehle, 292.
Esperando parroquianos, dibujo por W. E. Marshall, 293.
El cercado ajeno, cuadro por Jonnard, 294.
Los niños pescadores, cuadro por Jonnard, 295.
El doctor Don Rafael Seijas, canciller de la Legación de los Estados Unidos de Venezuela en Madrid, 296.
Verano, cuadro por N. Siegel, 297.
Cazaderos, cuadro por Hans Dahl, 300.
El bosque de Plessis les Tours, dibujo por J. Pahisa, 301.
A la puerta de la iglesia, cuadro por E. Zama-cois, 303.
Ofelia, bajo relieve, 304.
El sitio predilecto, cuadro por L. Carstens, 304.
Alborada, 305.
Jóven nubia, cuadro por N. Sichel, 308.
El último amigo, dibujo por Mariano Fortuny, dedicado a su amigo el pintor Don Tomás Moragas, 309.
Regresando de la faena, cuadro por Jonnard, 311.
Lo mejor de la colección, cuadro por E. Lerche, 312.
Muchachos jugando, cuadro por Murillo (reproducción por el método Meisenbach), 313.
César Borgia saliendo del Vaticano, cuadro por G. Gatteri, 316.
Estudio en el Lido, cuadro por F. Rasch, 317.
Plaza sitiada, cuadro por C. Probst, 319.
Grandes maniobras. - Guerrillas de caballería, 320.
La tarde de un día festivo, cuadro por Guillermo Diez, 320.
Ataque, cuadro por Neuville, 321.
La caza del jabalí, cuadro por L. Bechmann, 324.
Primula veris, cuadro por C. Hofst, 325.
Busto de niña, por J. Strachovsky, 327.
La prueba de la cola, cuadro por H. Cutts, 327.
Nueva máquina tipográfica de componer, 328.
La mujer adúltera, cuadro por P. P. Rubens (reproducción por el método Meisenbach), 329.
Orillas del lago del Lugano, dibujo por José Marqués, 332.
Isabel Claypole y Oliverio Cromwell, cuadro por Julio Schrader, 333.
Rosa con espinas, 335.
Algunos de los mayores diamantes del mundo (tamaño natural), 336.
El maestro de danzar, cuadro por Mantegazza, 336.
Cuadrilla en el palacio del consejo imperial en Viena (modelada por el renombrado artista V. Pils), 337.
En la aldea, cuadro por J. Hahn, 340.
Los Lolardos, copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder, 341.
No haría mal modelo, 343.

Modestia, cabeza de estudio por J. Zenisek, 344.
La Pavana, cuadro por Toudouze, 345.
¡A la salud de las damas! 348.
El recién nacido, copia del celebrado cuadro de H. Kaemmerer, grabado por Bong, 349.
El Parnaso, por Rafael, 350.
La escuela de Atenas, por Rafael, 351.
Primera prensa de Guttenberg, en el museo de Kleum de Dresde, 352.
Grupo escultórico del gran altar de Pérgamo: Hécaté luchando con los gigantes, 352.
Entrevista de Carlos V y Francisco Pizarro a la vuelta de su primera expedición al Perú (copia del cuadro de Angel Lizcano), 353.
Los Girondinos camino del suplicio, celebrado cuadro por Piloty, 356.
Las Gacelas, cuadro por J. R. Wehle, 357.
Jarrón existente en los jardines del Real Sitio de San Ildefonso, 360.
Grupo escultórico del gran altar de Pérgamo: Minerva luchando con los gigantes, 360.
Su máscara, cuadro por G. Cemenowsky, 361.
La nueva sala de sesiones en la Casa Consistorial de Londres. Debida al arquitecto inglés Horacio Jones, 364.
Otro beso... cuadro por Italo Nanes-Vals, 365.
Globos cautivos transportables, por el servicio de los ejércitos. - Sistema Gabriel Ion, cuatro grabados, 367 y 368.
Santa Clara, (Isla de Cuba). Exterior del teatro «La Caridad» inaugurado el 8 de setiembre último, proyectado y dirigido por el ingeniero Don Herminio C. Leyva, 369.
Horas plácidas de la mañana, cuadro por Canuto Ekwall, 372.
Los dos rivales, cuadro por Perey Tarrant, 373.
Cabeza de estudio, reproducido por el sistema Meisenbach, 374.
El Djerid, dibujo original de P. M., 374.
Gitano esquilador, apunte de J. Marqués, 375.
Marina, por F. Jimeno, 375.
Telegrafía y Telefonía simultáneas en Bélgica, cuatro grabados, 376.
Los álamos blancos, dibujo por F. Urgellés, 377.
Princesa egipcia, cuadro por F. K. (tomado de las «Ebas Galloni» editada por el Instituto bibliográfico alemán (Deutsche Verlags Anstalt) de Stuttgart, 380.
Vendedora de flores en Pompeya, cuadro por Héra Coomans. Copia de una fotografía de Adolfo Braune y compañía de París, grabada por M. Weber, 381.
El pastor de los Alpes, estudio de Run, 383.
Palacio de los duques de Brunswick, copia tomada de una fotografía, 383.
La línea telefónica de Glynde, 384.
La bella, notable cuadro de Tiziano, 385.
El acuario, cuadro por Carlos Heyden, 388.
La serenata, cuadro por F. Zonaro, 389.
Marina, cuadro por E. Dicker, 391.
Guzman el Bueno, cuadro por Mariano Cubells, 391.
El príncipe Alejandro de Bulgaria, 392.
Milano I Obrenovitch., rey de Serbia, 392.
El Brocken y las minas del Harz, dos grabados, 392.
Una limosna para el alma del Condestable Don Alvaro de Luna, cuadro por Manuel Ramirez, 393.
Una caeceria en el Sur de Africa, 396.
Una farmacia española a últimos del siglo XVIII, cuadro por Emilio Casals, 397.
Adolfo Menzel, célebre dibujante alemán, 398.
Tertulia de fumadores de Federico Guillermo I, dibujo original de Adolfo Menzel, 398.
Federico el Grande, celebrado dibujo de Adolfo Menzel, 399.
La explosión de Hell-gate, cinco grabados, 400.
La esclava de las palomas, cuadro por M. Mas-sarini, 401.
El Angelus, cuadro por C. Raupp, 404.
La Madona del Gran Duque, cuadro por Rafael, 405.
Concierto en familia, cuadro por A. Moreau, 406.
Una bayadera, escultura por Rodolfo Schweinibz, 407.
Varios tipos de soldados del ejército ruso, 408.
Distribuidor automático de tarjetas postales y sobres timbrados en Londres, 408.
Un duelo, cuadro por M. Volkhart, 409.
Adriano y Antino, dibujo por Otto Kinlle, 412.
Mozart en el órgano, cuadro por Carlos Herpfer, 413.
El catador, cuadro por Margarita Pfeifer, 414.
Alsaciana, cuadro por B. Vautier, 415.
En el corral, cuadro por O. Greishey, 415.
Aparato para evitar choques con las masas de hielo, 416.
Soldado sumergido en el agua con un vestido de paño de corcho, 416.
Textura de paño de corcho, 416.

SUPLEMENTOS ARTISTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCION

— Gorjeos, cuadro por Lobrichon, 11.
— Lord Wolsley y sus compañeros en la expedición al Nilo, 27.
— Fin de fiesta, dibujo por Llovera, 42.
— Alegoría del carnaval, cuadro por G. L. Gatteri, 59.
— Vistas de Montevideo, 75.
— Una visita al tío cardenal, cuadro por E. Armenise, 91.
— Ischia y Andalucía, (el Géminio de la destrucción), alegoría por A. Fabrés, 107.

— Consultando el oráculo, cuadro por J. W. Waterhouse, 126.
— Amor primaveral, cuadro por P. Thusmann, 138.
— Distribución de dotes a las doncellas pobres en premio de la virtud, en el palacio Borghese, en Roma, cuadro por L. Alvarez, 154.
— Un vicio fatal, cuadro por A. Echlter, 171.
— ¡Salvada! cuadro por Matias Schmid, 186.
— La caza en el mar, cuadro por M. Guillon, 202.
— El beso de la Willis, cuadro por G. Wertheimer, 218.

— Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta y Corera, director del Conservatorio Nacional de música, 235.
— Mártir cristiana retirada del circo, cuadro por Carlos Piloty, 250.
— La introducción del Cristianismo en los Alpes réticos, cuadro por W. Risthal, 267.
— Retrato de la madre de Rembrandt, 283.
— El Excmo. Sr. D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero, Mariscal de Campo, director general del Instituto geográfico y estadístico, 298.

— Proceso de Constanza de Beverley, cuadro por T. Rosenthal, 315.
— Derecho de entrada, cuadro por Hans Dahl, 331.
— Las frescas silvestres, dibujo al carbon por Leon Lhermitte, 347.
— Flora, cuadro del Tiziano, 363.
— La Vacunación, cuadro por Dagnan Bouveret, 379.
— ¡Condenada! cuadro por Fernando Brütt, 395.
— Un paseo por la nieve, cuadro por Hans Dahl, 410.

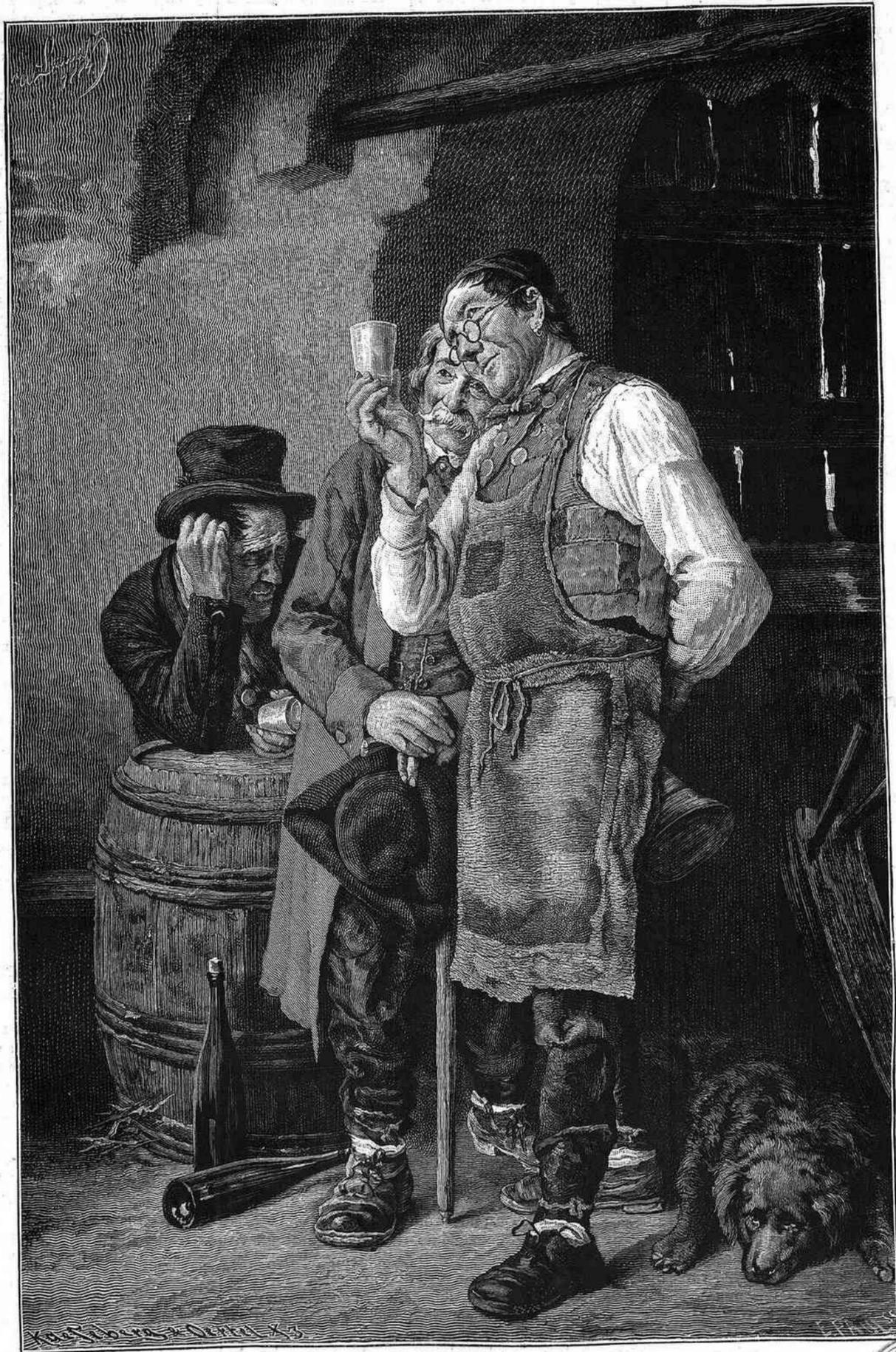


AÑO IV

← BARCELONA 5 DE ENERO DE 1885 →

Núm. 158

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS PERITOS, cuadro por B. Lowith.



SUMARIO

OTRO AÑO, por don Emilio Castelar.—NUESTROS GRABADOS.—LA CAJA DE ALERCE, por don F. Moreno Godino.—LA TIPIE, por don Eduardo de Palacio.—EGOISMO (*apuntes morales*), por don Juan Justo Uguet.

GRABADOS: LOS PERITOS, cuadro por B. Lowith.—UN MERCADO DE CABALLOS EN POLONIA, cuadro por A. Wiernsz-Kowalski.—EL CANTOR AMBULANTE, cuadro por Tito Conti.—GORI GORI, cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri.—LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLIN.

OTRO AÑO

A los empeñados en volvernos hácia la triste vida animal, de cuyo fatalismo inorgánico y orgánico hemos emancipado la parte primera y más noble del sér, le opondremos en todo evento; no sólo esta razón y esta palabra, tan etéreas, tan divinas, tan creadoras; no sólo este sentimiento y esta idea de la solidaridad con toda nuestra especie que ninguna otra especie conoce aquí en la tierra; sino también la facultad, verdadera característica nuestra, de retroceder con el recuerdo á lo pasado y anticiparse á lo porvenir con la esperanza; dando una ley de nuestra sensibilidad como el tiempo á toda la Creación, á todo el Universo. Cuanto más demostrada veo la identidad completa de la cal que compone ahora nuestros huesos con la cal del horno y del camino; cuanto más la química me persuade á mirar como uno solo y mismo el oxígeno de la estrella Sirio y el oxígeno de mi pecho y de mis pulmones; cuanto más las raíces de mi organización se mezclan á las raíces de los demás organismos y mi sangre se acerca de suyo á la sangre vertida en las carnicerías y mi respiración se confunde con la respiración de todas las familias animadas y terrestres, contribuyendo con mi aliento á la respiración vegetal como el aliento de la espiración vegetal contribuye á mi respiración; cuanto más veo identificarse y confundirse la vida material humana en el océano sin límites del sér y de la vida universal del mundo, más ¡oh! me persuado allá en mi profundo é íntimo interior á creer que ha escrito las obras maestras del entendimiento, y levantado á lo alto en suaves melodías místicas oraciones, y encendido las antorchas del saber, y pintado los cuadros deslumbradores, y puesto el cincel en las estatuas como las mieles y aromas de la poesía en los corazones, aquel agente misteriosísimo, que no puede ninguna experiencia de la física ni de la química traer á mis ojos y á mis manos, pero que sensible, activo, libre, racional dentro de lo existente y de lo posible sólo puede parecerse y acercarse por su grandeza y por su espiritualidad á Dios, quien lo ha criado y le ha concedido reflejos de su inteligencia incomunicable á la razón, rayos de su amor inextinguible al sentimiento, y el don de la inmortalidad á su vida.

Un año se pone ahora y otro nace, como en esos ocasos de alguno días en que toca el sol enrojecido al occidental extremo del horizonte y se aparece por el opuesto extremo la luna llena, plateada y hermosa. ¡Qué triste la conclusión del año para cuantos reducen su vida, como los animales, al corto radio de la utilidad propia, en epicúreo egoísmo; y así como no han padecido con la pasión de aquellos que fueron ya, no esperan ni gozan de modo alguno con la mejora y emancipación de los que vendrán á vivir vida superior en sociedades más adelantadas y más perfectas! Pero cuantos sabemos que si la tierra gira con uniformidad sobre su eje, produciendo á este movimiento de rotación el día con su noche; y gira en torno del sol, produciendo á este movimiento de traslación el año con sus estaciones; el espíritu humano tiene al tiempo, es decir, al segundo, al minuto, á las horas, á los años, á los siglos como agentes creadores de un progreso continuo; cuantos sabemos esto, esperamos en Dios ver cuajarse los ideales, con que tantas veces hemos en toda nuestra vida soñado, y bruñirse nuestro planeta, opaco naturalmente, al áureo éter de las revelaciones contenidas en el verbo divino de la humana ciencia. El movable curso de los tiempos corre por la inmóvil eternidad como el movable curso de los ríos corre por el sólido é inmóvil cauce. Los instantes del tiempo se parecen á los puntos de la línea y á los átomos del cuerpo. De minutos componen los siglos su duración; de puntos los astros sus órbitas; de términos las religiones y las ciencias sus series; de moléculas imperceptibles la fábrica del Universo toda su materia. Mas para ver cuánto y cómo crea el tiempo, fijaos en las piedras graníticas y en su composición geológica; en la forma de los cristales primitivos, tan alejados de la vida vegetal y animal por su ígnea sustancia; en los montes volcánicos y en las rocas llenas de cuarzo, gigantes llamas petrificadas y frías; en los pórfidos y serpentininas de dureza tan firme y de colores tan vivos; fijaos en estas bases de nuestra tierra, y después de haberlas juntado con los terrenos de acarreo impelidos y formados por las aguas caídas en diluvios varios de un aire apenas respirable por lo denso y eléctrico, decidme cuánto no ha necesitado el tiempo, cuántos años como los que ahora vienen y se van con esta rapidez, para producir la rosa y el jazmín con que aromais vuestras estancias y el grano de trigo con que satisfacéis el hambre y nutris el cuerpo.

Las analogías de todas las cosas, aun de las más apartadas en los espacios inaccesibles; la identidad completa de todos los efectos, derivados de una sola causa; lo mucho que se parecen el amor y la muerte ó el tiempo y la eternidad; tales semejanzas misteriosas nos inspiran ideas consoladoras, al concluir un año y comenzar otro, siquier nos acercamos á la vejez y á la muerte, por el torrente

continuo de la vida impelidos y arrastrados. ¿Qué sería de nosotros, infelices, qué sería, si permaneciéramos fijos en una edad, siquier se llamase la juventud y tuviese sus pasiones, esa juventud, por la cual suspiramos conforme corremos en la existencia y distinguimos el término de la carrera?

¿Qué sería de nosotros, si no tuviésemos la muerte, parados eternamente, ya en ilusiones sin realidad, ya en esperanzas sin cumplimiento, ya en desengaños sin consuelo, ya en terribles y crónicas enfermedades sin remedio? No morir jamás y por consecuencia no saber la falta que hacemos en el mundo; las lágrimas que arrancamos á los séres queridos; el total juicio que recibimos de la posteridad; remando siempre sin descanso y sin saber á qué puerto abordaremos después de nuestra navegación incesante por la inmensidad y por lo infinito. Cada nuevo año nos recogemos dentro de nosotros mismos y nos orientamos en los caminos de la vida, sabiendo cómo todos ellos convergen á un punto muy oscuro, si lo miramos con los ojos de carne, muy espléndido si lo miramos con los ojos espirituales, al sepulcro. Si el tiempo es creador y los ministros de su creación perpetua y continua son los años, este año que ahora llega, dará como un golpe de cincel más á la estatua de la humanidad, que forman los siglos á la continua; y traerá un poco de luz y de calor al humano espíritu en su perfeccionamiento; y purificará el aire ó hermoseará la tierra para que pueda mejor apropiarse á su fin de templo sacratísimo donde la criatura humana y el Criador se encuentran y se comunican, como el sacerdote y su Dios, por medio del arte, de la religión y de la ciencia. Si todas las verdades para brotar y producir necesitan de tiempo, imaginad vosotros, los que sembráis, cómo ha pasado ya un año más sobre la siembra de ideas, y cómo también os vais acercando á otra primavera nueva, la cual con su calor vivificante, con su soplo tibio, con su amor fecundo, henchirá de nidos y de flores toda la tierra y de consuelos y esperanzas todos los corazones.

Aquel que intentara quedarse fijo en la edad juvenil, creyendo la vida toda ilusiones, amores, fiestas, parecería al viajero del apólogo indio, quien, de alimentos necesitado, pasó por un campo de arroz, y no quiso fijarse para nada en él; pasó por un campo de trigo, y no le hizo caso alguno; mas luego, se detuvo ante una floresta de rosas, creído, á no dudarlo, de que los aromas varios y los colores y las mariposillas y tanta hermosura le darían sabrosos frutos para sustentarse y vivir; ilusión fútil, esperanza engañosa, deseo fantaseado é irrealizable, que le costó la vida, pues los rosales no dan fruto alguno propio para nuestra nutrición y sustento. Ya se ve, al entrar en cierta edad madura de la vida, las Navidades no tienen aquellos poéticos encantos que guardaban para nosotros en la infancia. No suenan ya en los oídos tan melodiosamente como en otro tiempo, el ingrato rabel y la hueca zambomba; no paladeamos con tanto gusto el sabor dulcísimo de los turrones y de las frutas; no corremos desalados en torno del Nacimiento de cartón cubierto con las argentadas arenillas de cristal molido y poblado con las toscas figuras representativas del ángel, de los pastores, del pesebre, del buey, de la mula, del niño recién nacido, del sacro matrimonio extático ante su aparición, de los Reyes Magos conducidos por una estrella, la cual, pendiente de móvil alambre, y dorada por pobre oropel, parece más grande y brilla más á los ojos de la inquieta infancia que las estrellas de verdadera luz en la inmensidad del firmamento. Dolerse de que aquella candidez y de que aquel regocijo se hayan acabado, y de que la idea de Cristo haya crecido en nuestra conciencia y en nuestro ánimo, por la convicción adquirida de haber vivificado y esclarecido con su lumbré y con su calor otro mundo, en cuyo seno han concluido los siervos y los tiranos, quienes convertidos en hombres y ciudadanos comulgan todos en la unidad del Dios vivo, identificada indisolublemente con la unidad del humano derecho; dolerse de tal superior concepto alcanzado por la reflexión y por el estudio, páreceme un desvarío tan grande como dolerse de arribar á la madurez, al equilibrio de las facultades, á la sumisión de las pasiones, á la razón en fin, por contar un año más, que si nos acerca la muerte ¡ah! nos acerca también el cumplimiento de los fines supremos y de los ideales hermosos en nuestra pobre vida.

EMILIO CASTELAR

NUESTROS GRABADOS

LOS PERITOS, cuadro por B. Lowith.

Cada mortal sirve en este mundo para lo que sirve, y siempre que un hombre habla ó discurre de lo que entiende, se coloca á la altura de los grandes maestros y su voto es tan respetable como el del sabio más latinado que produjo Salamanca. En nuestro lienzo la cuestión, después de todo, no carece de importancia: calificar un vino, sobre todo cuando este vino es del Rhin, y resolver si ese primoroso líquido (léase líquido caro) es un compuesto de agua y vinagre ó simplemente un vino sin alcohol y con sus ribetes de agrio, problema es que no se encuentra al alcance de todos los catadores.

Compréndese, por lo mismo, que los personajes de nuestro cuadro procedan con todo detenimiento ántes de emitir su voto, que hasta puede influir en los destinos políticos de los pueblos. Calcúlese, si no, que el príncipe de Metternich es uno de los primeros cosecheros de ese vino, cuyas cepas convierten en delicioso verjel las dos orillas del Rhin desde Maguncia á Colonia, y sáquese la

cuenta de lo que podría ocurrir si en medio de las importantísimas funciones de aquel diplomático, se enterase de que hay quien se atreva á calificar su Johannisberg de pasable manzanilla ó de vulgar chacolí....

Por fortuna, los inteligentes de nuestro cuadro declaran excelente el vino que catan, opinión que se trasluce en la expresión de su semblante. No haya temor, por lo tanto: subsistirá el equilibrio europeo, por más que los jueces de la bodega pierdan acaso el suyo propio.

El autor de este cuadro, joven de 24 años, lo ha expuesto en Munich donde ha sido felicitado mercedamente por la verdad de sus tipos y firmeza de su ejecución.

UN MERCADO DE CABALLOS EN POLONIA, cuadro por A. Wiernsz-Kowalski

El pueblo de Polonia ha perdido hace muchos años su libertad y su independencia, que fueron durante largo tiempo los elementos constitutivos del país eslavo. Destruída su nacionalidad, sujeto al yugo opresor del celoso moscovita, olvidado por completo de la misión que soñó para él Boleslao el Grande, vive con bastante atraso la vida del labriego y tiene todas las buenas y las malas condiciones del pueblo que se atrasa en el camino del progreso; es sobrio, hospitalario, físicamente fuerte; pero en cambio es ignorante, supersticioso y tradicionalista hasta la exageración.

La agricultura es casi exclusivamente la fuente de riqueza de los polacos; pero sus tierras se encuentran mal repartidas, y esto reduce á sus cultivadores á un estado de servidumbre perpetua, el ménos á propósito para despertar en ellos uno de esos impulsos viriles que dan en tierra con los destructores de las nacionalidades.

Tienen del comercio una idea tan atrasada que lo dejan monopolizar por los judíos y los alemanes y tienen de estos una idea tan mezquina que frecuentemente, para expasar la existencia de tres personas reunidas, dicen: dos hombres y un alemán. La circunstancia de hallarse el comercio ejercido principalmente por judíos, explica el hecho de que pertenezcan á esta raza los dos hombres que figuran en primer término de nuestro cuadro, completamente distintos de los polacos en tipo y en traje. Un mercado caballar supone algo de mercantilismo, siquiera sea en forma bastante primitiva, y de aquí la presencia de los israelitas que poco á poco se hacen dueños del ganado, de la ganadería y del ganadero.

Un pueblo en tales condiciones se encuentra muy distante de su resurrección.

EL CANTOR AMBULANTE, cuadro por Tito Conti

Los soldados han tomado posesión de la bodega y aun cuando la escena no ha degenerado en orgía, hay en ella cierta animación que el artista ha reproducido acertadamente.

Ameniza el acto uno de esos cantores ambulantes, mitad trovadores, mitad histriones, tan comunes en la Edad media. A juzgar por sus ademanes exagerados, al buen hombre le atormenta más el hambre que la inspiración. La parte de auditorio que le está atenta, hace justicia á su mérito, es decir, que se le rie en sus barbas. ¡Pobre cantor! Vagabundo de oficio, pide á un arte que no posee lo que debiera obtener de un trabajo honroso; y cuando su garganta seca se niegue á proferir un solo grito, gracias si pasa á su estómago vacío una copa de vino, que se le indigestará por falta de lastre. Tan bien bebido como mal alimentado, su vigorosa naturaleza se quebrantará rápidamente, y un día cualquiera se lo encontrarán cadáver en una encrucijada y le enterrarán de limosna y refunfuñando, sin que la más humilde cruz recuerde á ese Ausias March de los bodegones.

¡Qué lástima! Pudo ser un buen soldado ó un excelente labrador y su ningún amor al trabajo le ocasionó más trabajos que los doce de Hércules.

El cuadro de Conti está bien compuesto: sus figuras son expresivas; los diferentes grupos no carecen de movimiento. Ha sido expuesto en Florencia y elogiado con razón por los inteligentes.

GORI GORI....

Cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri

El autor de este cuadro se ha propuesto dar á conocer la indiferencia con que se ejercen ciertas profesiones, por muy importantes que sus funciones sean. Así ese bienaventurado religioso entona el himno santo con tal fuerza de costumbre, que en verdad nadie acertaría á definir si de sus labios sale un *Te-Deum* ó un *De profundis*.

Es un verdadero modelo del hombre que obra maquinalmente, una fina sátira del que cumple sus deberes de una manera automática, sin comprender que Dios ha puesto en la criatura racional un destello de su genio, para que en ella se llame inteligencia lo que en el bruto se llama simplemente instinto.

Los representantes extranjeros en la Conferencia de Berlín

En uno de nuestros números anteriores insertamos los retratos de varios de dichos representantes; hoy incluimos en este los de los enviados de las restantes naciones, y entre ellos el del infatigable Stanley, á quien tanto debe la geografía por sus arriesgadas exploraciones en el *Continente negro*, y que figura en la conferencia como enviado de la Sociedad Africana belga.

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

I

En el verano de 1870, á las diez de la noche, un elegante birlocho, con la capota enteramente baja, se deslizaba rápidamente por el camino de travesía que conduce desde Madrid al cercano pueblo de Pozuelo de Alarcón.

Lo fresco del aire y las emanaciones que despedían las plantas indicaban que hacia poco había llovido, pero la tierra seca durante mucho tiempo absorbió el agua bienhechora de un chaparrón que debía haber sido tan corto como violento, y aunque la luna se reflejaba todavía en algunos inmóviles charcos, estos eran pocos en un gran espacio de terreno.

Excepcion hecha del birlocho y de un viajero que marchaba sin mucha prisa, en todo lo que abarcaba la vista el camino estaba desierto.

Al llegar á un sitio en que este se divide en dos, torciendo una esquina formada por la tapia que rodea á la Real Casa de Campo, el frágil y elegante carruaje desapareció á la vista del viajero que maquinalmente le seguía con la mirada; pero en el mismo instante oyó el ruido de un choque y un agudo grito.

Corrió, torciendo á su vez la tapia y no tardó en ser testigo de un lamentable incidente; al dar la vuelta, demasiado refrenado y sin detener su carrera, el caballo había tropezado en un montón de piedras y el noble animal, caído al suelo de costado, manoteaba entre los guijarros esparcidos. El birlocho estaba literalmente hecho pedazos; un lacayito hallábase tendido en tierra; pero el viajero no acudió á su socorro, sino que acercándose al carruaje, abrió cuanto pudo la capota de este, que tocaba al suelo, y vió con asombro que estaba vacío.

Durante un momento pudo creer que se trataba de un vehículo en que dentro no iba nadie; pero mirando en derredor, vió en seguida, sobre la morena tierra de un campo en barbecho, un bulto negro y blanco, de característica forma.

Aproximóse y encontró una mujer inmóvil y privada de sentido, cuya cabeza estaba medio hundida en la húmeda yerba.

Jóven y vigoroso, el viajero tomó en sus brazos á la desdichada criatura, y sin detenerse á prodigarla cuidados que hubieran sido incompletos, ni cerciorarse de si vivía aún, se dirigió con su preciosa carga, andando muy de prisa, hácia una casucha cercana, por cuya ventana salía el resplandor de una luz.

Momentos despues, golpeaba con el pié la puerta del solitario edificio, y en seguida abríola una mujer en traje de campesina.

II

La víctima del vuelco que en pocas líneas acabamos de narrar, recobró muy pronto el conocimiento. Arrojada por el choque sobre un terreno húmedo todavía, no se había hecho daño alguno y sólo el susto había motivado el desmayo, pero su traje estaba en deplorable desorden; su vestido negro de lana, sus medias de seda blanca, la guarnición de su enagua bordada, sus deliciosas botitas de chagren y su cuello de encaje; todo estaba grandemente ajado y manchado.

Tenia las manos, la cara y hasta el cabello salpicados de una especie de arcilla pegajosa.

Tan luégo como vuelta en sí vió, ó mejor dicho sintió su estado, experimentó un estremecimiento de vergüenza, de disgusto y de horror, semejante al que tendría un arriero al que un cruel muchacho arrastrase hácia una sentina; y pidiendo agua, con gran sobreexcitación, se lavó las manos y el rostro en el rincón más oscuro de la pieza á donde había sido conducida. Despues dijo algunas palabras en voz baja á la campesina que la había dado hospitalidad y se trasladó con ella á otro cuarto próximo, sin dar gracias á nadie, sin informarse de nada y exclusivamente ocupada de sí misma.

El viajero que había acudido á su socorro, á quien daremos el nombre de Federico Moran, había permanecido discretamente separado en un lado de la pieza, en donde explicó á los moradores de la casa, que pertenecía á un peon caminero, las causas del accidente. La familia de aquel se reducía á su mujer, la jóven campesina, y á dos hijos de corta edad.

Fueron todos á enterarse del estado del caballo y del lacayito; encontraron á este limpiándose sangre que tenía en la cara y el barro que salpicaba todo su traje; pero en buen estado y sin más que algunas rozaduras en la nariz y en la oreja izquierda; pues á semejanza de su señora, cayó sobre tierra blanda, experimentando únicamente el aturdimiento del golpe.

Levantaron al caballo, que cojeaba de uno de los remos delanteros, y le condujeron á un cobertizo con honores de cuadra.

Trascurrida más de una hora, presentóse en la pieza exterior de la casa la incógnita á quien Federico había llevado en brazos como á un niño durante algunos minutos. En este tiempo el jóven viajero, silencioso y pensativo, sin responder apenas á las curiosas preguntas de los dueños de la vivienda, daba vueltas en su imaginación respecto á quién podía ser aquella mujer, que parecía pertenecer á la clase acomodada, y viajaba sola, de noche, en un carruaje de lujo, guiado por ella con una audacia, ó mejor dicho, con una imprudencia dignas de un inglés excéntrico.

—Es muy linda—pensaba el jóven—no obstante sus manchones de barro.

Luégo, haciéndose cargo de aquella carrera á toda brida:

—No puede por ménos de ser ó una fuga ó una cita,—se decía abismado en sus suposiciones,—pero en resúmenes cuentas ¿qué hago aquí yo? parece como que espero á que me dé las gracias. Probablemente pasará la noche en esta casa; debo enterarme por última vez de su estado y continuar mi camino. A lo que parece ni ha notado mi presencia... bien es verdad que en semejante situación...

III

Estando Federico en este monólogo mental, abrióse una puerta y se presentó la dueña de la casa seguida de una jóven vestida como vulgarmente se dice en traje de *paleta*, con el cual estaba encantadora.

Era la señora del birlocho.

Dirigióse á Federico y le tendió la mano, diciendo:

—¡Gracias, caballero, muchas gracias!

Inclinóse él para tocar con sus labios los finos dedos de la mano que le presentaban; pero ella la retiró con viveza, añadiendo:

—¡Oh! no, V. olvida dónde estamos.

En este momento presentóse el lacayito, medio cubierto el rostro con un pañuelo.

—¿Te has hecho mucho daño, Francisco?—preguntóle su ama.

—Poca cosa, señora; dos ó tres arañazos.

Despues repuso aquella dirigiéndose á los dueños de la casa:

—He aceptado vuestra hospitalidad, amigos míos, pero no es justo que os moleste; id, pues, á vuestros quehaceres ó de lo contrario me veré en la necesidad de dejaros.

Los campesinos permanecieron silenciosos.

—Ahora nos toca á nosotros, mi generoso salvador—repuso la dama apoyándose familiarmente en el brazo de Federico.—Entre tanto que estas buenas gentes *confecionan* una tortilla que me han ofrecido, vamos á enterarnos del estado de ese pobre Arrogante, que es un buen caballo por todos conceptos.

Los dos jóvenes, asidos del brazo, salieron de la casa.

—Señora—dijo Federico—es inútil que V. se moleste; el carruaje está hecho pedazos y el caballo cojo.

—¡Pobre animal!—exclamó la dama, y luégo, con un tono coquetamente imperativo, repuso:

—¿Cómo se llama V.?

—Federico Moran.

—¿En qué se ocupa V.?

—Tengo una pequeña renta y además pinto.

—¿Vive V. por aquí cerca?

—Por ahora sí. He alquilado por dos meses una casita cerca de Pozuelo.

—¿Adonde sin duda iba V. cuando ha acudido en mi socorro?

—Sí, señora; había salido ya la diligencia, y como el camino es corto y la noche está buena, no quise quedarme en Madrid.

—¿Tiene V. prisa? ¿le esperan á V.?

—No, señora, soy libre y vivo solo.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Le sería á V. desagradable acompañarme durante lo que falta de noche?

—Es un favor que no me atreva á pedir á V.

—Nada de lisonjas. ¿Tiene V. apetito?

—Haría honor á una cena, señora...

Despues de haber estado en la cuadra á ver á Arrogante, que se hallaba enteramente estropeado, volvieron á entrar en la casa.

—Francisco—dijo la señora dirigiéndose á su criado—¿tendrías miedo de ir á Villaviciosa?

—¿Por qué, señora? Ya falta muy poco.

—Pues bien, tan luégo como tomes un refrigerio, te vas despacito. Me han dicho que la diligencia pasa por aquí á las siete y media de la mañana; si hay asiento me iré en ella. Si á las ocho no estoy en el pueblo, venid á buscarme con un vehículo cualquiera; aunque sea con un burro.

—Está bien, señora.

—¿Piensa V. dormir?—preguntó la dama á Federico.

—Ni un minuto.

—Se lo pregunto á V. porque yo determino pasar la noche sentada en una silla.

—Y ¿por qué? Ya podrán arreglar á V. una cama.

—Yo no puedo dormir más que en la mía. Además una noche se pasa pronto.

—Estando al lado de V...

—¡Todavía! Los hombres no pueden curarse de sus malas mañas.

IV

La señora hizo honor á la cena; comió como una campesina. Sencilla, pero siempre cariñosa y elegante, tomó en sus brazos á uno de los niños y le colmó de mil graciosas caricias; estaba admirable de aplomo y de atractiva coquetería.

Federico la miraba extasiado, y los dueños de la casa agradeciéndole en silencio aquellas tiernas y naturales demostraciones hácia su vástago.

Terminada la cena, y por voluntad expresa de la señora, aquellas buenas gentes se fueron á recoger.

A poco tiempo roncaban apaciblemente.

Sentado sobre un taburete, á alguna distancia de un desvencijado sofá en donde la dama se había dejado caer, Federico la contemplaba en silencio y ella no parecía contrariada por esta muda contemplación.

—¿Daria cualquiera cosa—dijo la linda incógnita—porque mi tío pudiese verme en este traje.

—Aún le chocaría más mi presencia aquí, señora.

—No mucho; mi buen tío no se asombra fácilmente; pero no hablemos de lo que no puede ser—y luégo, con una brusca transición, repuso:

—¿Tiene V. talento?

—Señora...

—Es verdad, no puede V. responder á esta pregunta impertinente y no obstante algunos conozco yo... En cuanto á mí, soy aficionada á las artes; pero no á todos los artistas. Respecto á V. hay algo que habla en su favor; V. busca la soledad que sólo es mala consejera para las organizaciones vulgares. Vamos, cuénteme V. en qué se ocupa.

Los dos jóvenes se engolfaron en una conversación en la cual Federico pudo mostrarse tal cual era. Pasadas dos horas ambos hablaban como antiguos conocidos. El pintor tuvo el tacto de evitar el vulgar vocabulario de la galantería insípida, eludiendo toda pregunta indiscreta. Tocaron varios temas, pero excluyendo el del amor.

—Tiene V. talento y fe, caballero—dijo la dama,—y aunque este elogio no sea enteramente oportuno, yo tengo la fatal costumbre de decir todo lo que pienso.

Despues, por medio de una de sus habituales transiciones, repuso:

—¿Fuma V.?

—No, señora.

—No dice V. la verdad; veo asomar una petaca al bolsillo de su cazadora.

El jóven bajó los ojos.

—Sé por mi tío, el *tormento* que experimenta un fumador que no puede satisfacer su... vicio. Salga V. un ratito á fumar.

El pintor obedeció.

V

El cielo, tachonado de estrellas, estaba magnífico.

Las misteriosas voces de la noche hacían aún más atractivo el silencio de los campos. La brisa fresca y olorosa mecía blandamente las altas ramas de algunos olmos vecinos.

En tal sitio y momento todo debía predisponer á un alma de artista á la contemplación, pero la imaginación de Federico estaba demasiado ocupada en un objeto real. Lanzando bocanadas de humo de su cigarro, trataba de definir el encanto con que había influido en él su rara y seductora compañera de velada.

—¿Quién es esa mujer?—se decía.—Ella habla de talento, y el suyo... es tal que cuesta trabajo darse cuenta de él... Es más instruida que yo, de seguro... No he hallado nada más original... En un salón estará deliciosa... quizá no tanto como aquí, ó tal vez de otro modo. ¿Será casada, viuda ó soltera? ¿Honrada ó...? ¿Habrá peligro en amarla?

Fatigado de estos pensamientos, y habiendo acabado de fumar, volvió á entrar en la casa, andando de puntillas.

La dama estaba dormida, en una posición encantadora, con un codo apoyado en el brazo del sofá y descansando la cabeza sobre una mano.

Sus negros cabellos, que se escapaban del pañuelo de *paleta* que los cubrían, rodeaban dos mejillas blancas y tersas como el marfil; sus facciones inmóviles ofrecían, no obstante su delicadeza, una expresión noble y severa.

—Se parece á la Virgen de Foligno,—pensó el pintor.

Admiró durante mucho tiempo aquella hermosa cabeza con la afición de hombre y de artista. Al notar la calma imponente de aquella suave fisonomía, se sorprendió al verla fruncir los labios y entreabrirlos para exhalar un suspiro; sin embargo, parecióle que la nube que acababa de oscurecer aquel rostro inmóvil, era más bien efecto de una preocupación pasajera que de un dolor constante. Evidentemente, despierta aquella mujer no ocultaba nada.

—¿Qué edad tendrá?—pensó Federico.—Todo lo más veintidos años. ¿Me será permitido profundizar este enigma viviente? ¡Dichoso el hombre á quien ama ó... amará!

El resplandor del alba y el ruido que hicieron al levantarse los dueños de la casa despertaron á la hermosa dormida que, ayudada por la buena campesina, volvió á vestirse su primitivo traje, limpio, en lo posible, del barro que le había manchado.

—Prefiero un golpe á una mancha—observó la bella incógnita mirándose de piés á cabeza—y desgraciadamente todavía tengo algunas.

Oyóse el ruido de un carruaje que se aproximaba.

—Es el coche de Villaviciosa, señora,—dijo la campesina.

—¡A Dios gracias!—exclamó la dama.

Federico, con el corazón oprimido, permanecía silencioso.

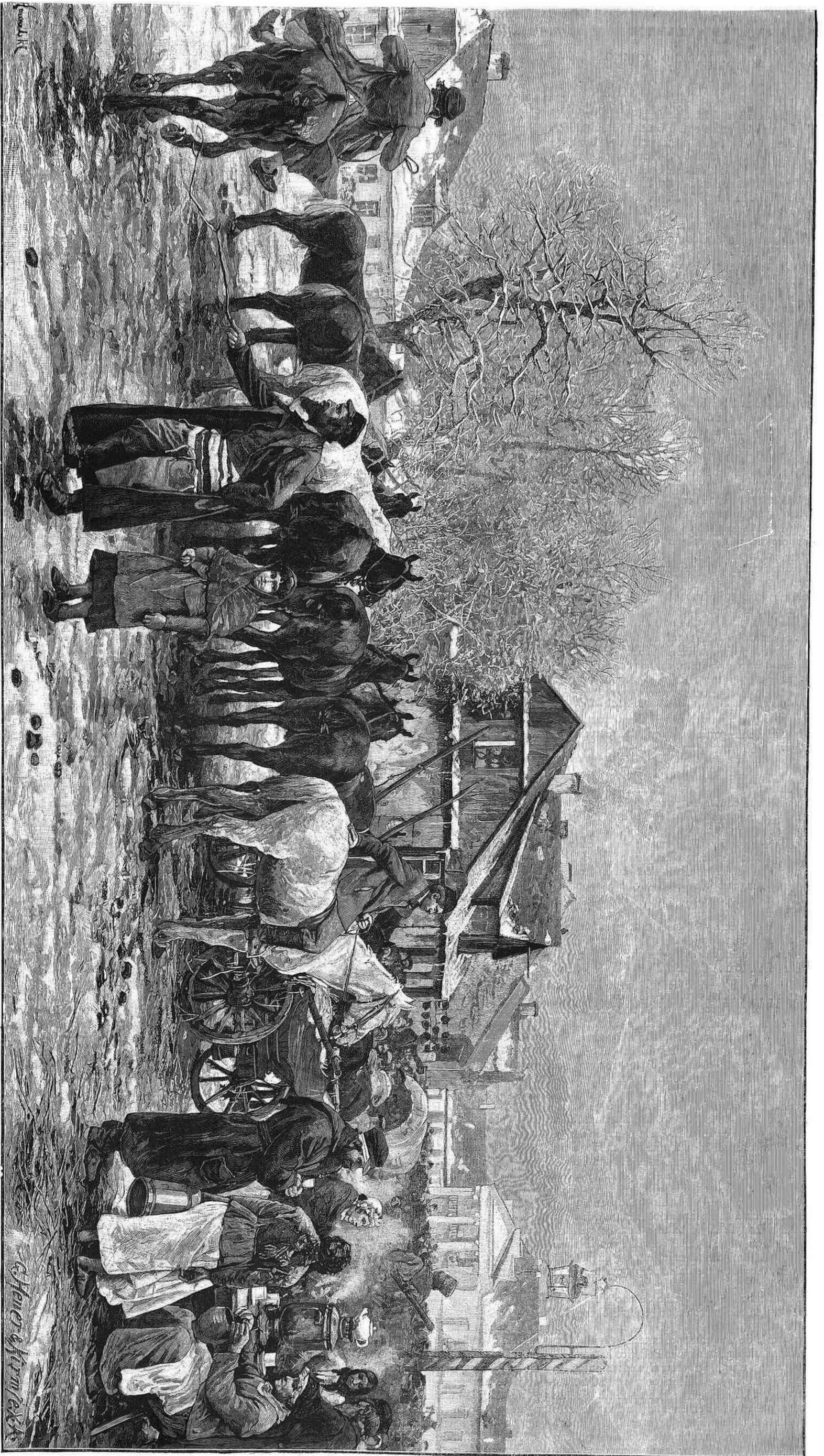
—Caballero—dijo aquella,—ha sido V. muy amable y muy bueno para conmigo, no lo olvidaré—y al decir estas palabras le alargó la mano, pero no con la espontaneidad de la noche anterior.

—¿Volveré á ver á V., señora?—preguntó el pintor con reprimida ansiedad.

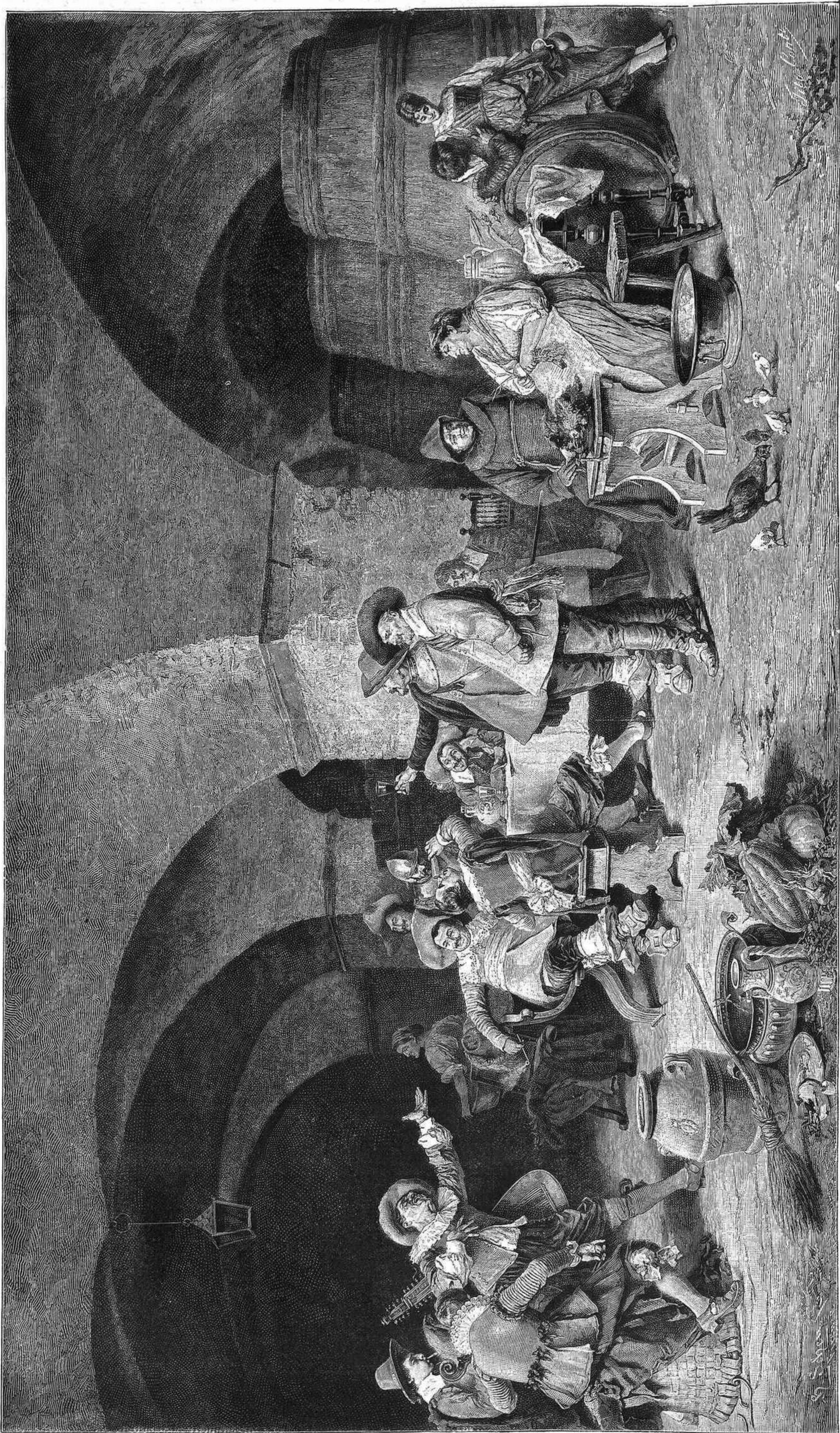
—¿Usted lo desea?—contestó la dama sonriendo.

—Más que nada en el mundo.

—¡Oh! eso es demasiado.



UN MERCADO DE CABALLOS EN POLONIA, cuadro por A. WIENIUSZ-KOWALSKI



EL CANTOR AMBULANTE, cuadro por T. Conti

—¡Ah! señora.—exclamó Federico, juntando las manos en ademán suplicante y con los ojos húmedos—se lo ruego á V.

—Bien, ya veremos... Ya sé su nombre de V., déme sus señas. ¿Por qué me da V. las de Madrid?—repuso mirando una tarjeta que le había dado el pintor.

—Porque mañana pienso trasladarme á Madrid.

Federico siguió el más tiempo que pudo con la vista á la diligencia que se llevaba á su compañera de noche.

Una voz interior murmuraba en el alma del artista:

—¿Es la dicha ó la desgracia que se aleja?

VI

Mi amigo Federico Moran era, y afortunadamente es todavía, un joven guapo, amable y despejado. Alto, bien formado, rubio sin ser soso, y de modales distinguidos no tenía ese aspecto singular y á veces extravagante que con razón suele reprochársele á los artistas. En su estudio reinaba un orden perfecto que no carecía de gusto y una mujer elegante hubiera podido visitarle sin arrepentirse.

El joven pintor había tenido algunos trapicheos amorosos, pero estas efímeras relaciones no interesaron á un corazón orgulloso y delicado; hubiera sido un excelente marido; pero él no pensaba en casarse.

Hombre honrado en toda la extensión de la palabra y buen amigo, tenía Federico un trato muy agradable; pero aunque extensamente relacionado, el simpático artista tenía pocos aunque buenos amigos.

Iba á cumplir veintiseis años, poseía una renta de veintidos mil reales y vendía algunos cuadros.

Como pintor era una medianía distinguida, y él lo conocía; no obstante pintaba algunas buenas acuarelas y países. No tenía ambición ni de gloria ni de dinero. Además estaba abocado á heredar á una tía suya bastante rica.

La perfección relativa del héroe de esta historia sería incontestable á no estar oscurecida por un defecto. Aunque dotado de buen corazón y de recto sentido, dejábase á veces influir por el recelo. No sabía distinguir la calumnia de la maledicencia, influían en él los anónimos y por un contrasentido, siendo muy honrado, se inclinaba casi siempre á pensar mal.

Algunos días después de la aventura con que comienza esta verídica narración, invitado por Federico á almorzar, me trasladé á su estudio. Le hallé en compañía de un amigo suyo y mío, llamado Manuel Rojas, artista también y que comenzaba á adquirir reputación como miniaturista.

Después de almorzar alegre y suculentemente, Manuel y yo preguntamos á Federico en qué se había ocupado durante su ausencia de Madrid; pero él, aunque nos habló de su género de vida y de sus cuadros hechos ó pensados, guardó reserva respecto al extraño incidente del camino de Pozuelo. Nosotros lo supimos algún tiempo después.

Un cambio notable se había operado en el aspecto y lenguaje de nuestro amigo y nos sorprendió no poco el que él se extendiese en pintorescas descripciones de esos pobres alrededores de la coronada Villa que tienen poco que alabar.

¡Efectos del amor!

(Continuará)

LA TIPLE

—Tengo una hija que se ha sentido tiple aunque de menor edad, como V. comprenderá, porque apenas ha cumplido diez años.

Esto me decía un padre de tiple.

—¿Apenas ha cumplido? ¿Ha estado enferma?—le pregunté.

—No, á Dios gracias, pero digo apenas, como si dijera «tiene diez años escasos.»

—Lo cual también estaría perfectamente dicho, porque una persona que cuenta cierto número de años escasos, es una persona para quien hay años especiales, escasos.

—Pues ello es que la chica tiene voz, al parecer, y un oído... es decir, dos, porque V. es tan materialista.

—Muchas gracias.

—Y yo, como V. comprenderá, procuro que se desarrolle.

—¿Quién? ¿la chica, la voz ó el oído?

—La chica y el oído y la voz: es un diamante en bruto, cuyo valor futuro no puede ser apreciado.

Y efectivamente, aquella pobre niña de diez años escasos era víctima de los cuidados de la familia.

—¿Quieres refresco? Pues no hay refresco; al contrario: una taza de caldo con huevos.

—Pero papá...

—Nada, hija mía; tú no puedes apreciar el tesoro que tienes en la garganta.

¿Salir al pascó? Solamente en días muy claros y con el cuello abrigado, aunque fuese en estación calurosa.

—¿Cuántos cantantes se han desgraciado por una imprudencia!—exclamaba el profesor de la niña.

La pobrecita pasaba los días en un grito.

Entre lección de solfeo y prácticas aquella boquita de tiple prematura no cesaba de vomitar notas, de sol á sol.

Para los vecinos la diva en flor era insoportable.

Un señor cesante, que habitaba pared por medio de la cantante, en un piso interior, careciendo de medios para mudar de habitación, se suicidó.

El resto del vecindario atribuyó la criminal resolución del cesante á los gorgoros de la tiple.

Algunos se quejaron al dueño de la finca.

Otros se mudaron.

—¿Qué país tan refractorio para el arte!—me decía el papá de la perla en bruto,—para que soportaran la vida en Italia.

—¿Qué, hay allí muchas tiples en borrador?

—¡Parece mentira que me pregunte V. esas cosas! ¿Pues no sabe que es el país de la música? ¿La patria del bel canto?

La persona que no ha disfrutado esas primicias artísticas-musicales, en su vecindad, no sabe lo que es martirologio.

Acostarse oyendo los primeros lamentos del genio musical, despertar sobresaltado por los quejidos matutinos de una cantante que sufre la comezon del triunfo vocal; esto es pasar la vida en un *jipío*, como dicen los *flamencos*.

No deseo á Vds. hijas ni esposas semifusas, porque en igualdad de circunstancias físicas, son preferibles las escritoras y ¡cuidado que es preferir!

La joven que va para tiple se desarrolla como las flores delicadas en climas impropios: dentro de un invernadero.

En la familia nadie merece cuidados ni consideración más que la cantante futura.

Si tiene hermanos, nadie piensa en las quintas, más que los interesados.

El padre y la madre, lo mismo que los chicos que no vocalizan, pueden vestir de cualquier manera.

Para la tiple son los lujos y los adornos.

—Animal,—murmuraba el padre susodicho, dirigiéndose á un hermanito de la tiple,—nunca te ves harto de manjares, ni satisfecho de diversiones.

—¡Es claro! como yo no soy tiple, á Dios gracias...—replicaba el chico, por lo bajo, consiguiendo algún puntapié como razón decisiva.

¿Permitir que algún danzante, de príncipe abajo, enamorese á la joven? Antes asesinarla.

—El arte es un sacerdocio, y la persona que le cultiva no puede permitir que los profanos la manchen.

En cierta ocasión protestaba la chica, diciendo:

—Pero, papá, si Alfredito no mancha; es muy limpio.

—Si V. quiere conservar la vida de su familia,—replicó indignado el padre,—no vuelva á proferir palabras tan libidinosas: una frase, una sola que inspire á ese mono un asomo de esperanza, y habrá muerto.

La muchacha escribió al mono:

«Querido Alfredo (ó Alfredito, que en ortografía también empleaba los bemoles): Mi padre no te quiere, ni pintado.

(El chico parecía efectivamente una acuarela barata é incunable.)

»Me veo forzada á optar entre el arte y tú: lo primero es mi porvenir; lo segundo es mi felicidad.

»No puedo ser tuya, porque he empeñado mi palabra de ser de Meyerbeer, Donizetti, Verdi, Gounod y otros señores igualmente respetables en muerte y en vida, respectivamente.

»Soy muy desgraciada con esta dicha que me dió naturaleza: esta voz es la que pregona nuestra eterna separación.

»Papá es muy... músico y sería capaz de desafinarte si te hallara en mi camino.

»Adios, la gloria me espera: olvídamme.»

Como quien dice:

«La sopa está en la mesa.»

La *diva* ha nacido para el público, artísticamente hablando: cuanto no es arte es profanación.

Rompe á cantar en italiano, porque en ese idioma rompe la mayoría con más facilidad.

Pero como no todas las que rompen, llegan, muchas se ven obligadas á traducirse, gradualmente, al castellano y al flamenco.

Su vida es un poema.

Durante los primeros albores, nadie que no conozca la vida de entre bastidores, puede calcular quién es una tiple.

Desde el avisador hasta el cuerpo de coros de ambos sexos inclusive, todos la admiran, todos la adulan, todos la reverencian y consideran honor la servidumbre.

Una doncella *ú dos*, la visten, otra la lleva la cola del vestido, otra el enjuagatorio entre cajas.

Los abonados la persiguen, los maestros la miman, el empresario la sirve de caballero en pié.

Flores, coronas, brillantes, serenatas, banquetes, todo es para la diva, que lo admite, por supuesto, pero afectando desden, como si quisiera significar:

—Más merezco.

Pero ¡cuán pocas llegan á tanto esplendor!

Las hay que apenas lanzan el primer quejido musical, cuando el público pide que las corten el hilo empresarios ó directores.

La chica de diez años escasos, de quien me hablaba su padre, fué una de esas.

Su padre, después de valerse de las influencias de todos los ministros, capitanes generales, magistrados, y representantes de todas las potencias en España, consiguió que un empresario *sacase á las tablas* á la niña.

Debutó en una ópera cuyo título no recuerdo.

Pero, vamos, con lo que *debutó* fué positivamente, con una silba de prima donna mayor de edad.

Reincidió y volvieron á silbarla.

Hace pocas noches encontré al papá.

—¿Y la niña?—le pregunté,—¿dónde canta ahora?

—Pues abrazó el género puramente español, el buen género, y ahora canta...

—¿En la Escala?

—No, sobre un tablado en un café de cante: su madre toca las palmas.

EDUARDO DE PALACIO

EL EGOISMO

APUNTES MORALES

Desde que el primer hombre puso su planta sobre este gran proscenio destinado á dar universal cabida á sus representaciones, no ha dejado de verse en acción la inmensa desdicha que hace de cada pueblo un rival, de cada individuo un contrario, y es como yunque en el cual se forjan todas las cadenas, y martillo que remacha todos los eslabones.

¿Quién armó la diestra fratricida de Caín, encendió el odio de Saul, inspiró la sacrilega traición á Judas?

¿Quién puso la incendiaria tea en manos de Neron, el látigo del déspota en las del vencedor de Valeriano, el hacha del verdugo en las de Cromwell?

Todos esos impulsos, y muchísimos otros, no reconocieron sino un mismo móvil.

El egoismo es hábito que empaña todos los espejos de la vida; esponja que absorbe todos sus manantiales; nube que engendra todos sus dolores: es el vicio más general y desastroso del hombre.

Todos los seres animados tienen una inclinación natural que les lleva á buscar el placer y á huir del dolor.

El egoismo consiste en querer hacer de esa inclinación la regla exclusiva de sus actos.

Las escuelas filosóficas y las sectas religiosas siempre se han mostrado en este asunto divididas por una gran cuestión.

Este móvil, ¿es el único que dirige al hombre? ¿No existe ningún otro, completamente independiente del interés personal, que se nos presente con un carácter particular? ¿Fuera del interés, y por encima de él, no hay obligación y deber?

Esta es la gran cuestión del sensualismo y del espiritualismo. Uno de tantos motivos de reñida lucha entre los hombres de Platon y los de Aristóteles.

Según la doctrina sensualista, en su primer grado, el hombre habría consumado por completo la ley de su organización, cuando hubiese satisfecho todos sus apetitos materiales.

Evidentemente esta doctrina no basta á dar cuenta de todas nuestras inclinaciones.

A pesar de tener buena habitación y estar bien alimentados y vestidos, sentimos que nos falta cumplir una obligación cuando dejamos que un individuo de nuestra especie que está cerca de nosotros carezca de alimento y de ropa con que cubrir su desnudez.

Para explicar esta desviación del egoismo, se ha inventado la ley de la simpatía. Se ha dicho que sufrimos en nuestros semejantes, y que si al parecer preferimos algunas veces su bienestar al nuestro, es por evitar el mayor dolor que nuestro sistema nervioso experimentaría ante el espectáculo de su miseria.

La explicación no es suficiente. Por viva que sea la simpatía que sienta un pobre obrero por su compañero de miseria, no hay duda que sufre más por su propia hambre que por la de otro; y sin embargo, ¡cuántos se han visto que han partido un pedazo de pan, con frecuencia insuficiente para uno solo! ¡cuántos han recogido en su familia un huérfano, sacrificando así el sentimiento más simpático que existe, el amor paternal!

Dos albañiles estaban en un andamio en el remate de un edificio; el uno era soltero, y el otro padre de familia; la tabla, demasiado débil para resistir el doble peso, se dobló y amenazó romperse; el soltero vió que resistiría no teniendo que sostener más que á uno solo, y en el supremo instante gritó á su compañero:—¡Adios! tú eres más necesario que yo; sostente firme.—Y se precipitó, salvándose el otro.

En el incendio del órgano de una iglesia, un bombero sostenía el pié de una escalera vertical en la cual trabajaba uno de sus compañeros; el plomo y el estaño comenzaron pronto á derretirse, á correr y calcinar las manos del que sostenía la escalera; si la dejaba, el otro era perdido irremisiblemente; no la dejó; pero una hora después tuvieron que amputarle los dos brazos.

¿Se dirá que tales héroes se sentían animados del temor de experimentar en sus semejantes un sufrimiento mayor que el suyo propio? Nadie se atrevería á sostenerlo.

¿Podía tampoco influir en ellos la esperanza de una gloria póstuma, cuando apenas algunos testigos olvidados habían de conocer su sacrificio? No es ménos insostenible.

El deseo de adquirir renombre tampoco basta á explicar los actos de esa clase de hombres para quienes parece estar más reservado este poderoso móvil. El soldado mata y se hace matar con la seguridad de que jamás se hablará de él ni siquiera en la más insignificante gaceta.

Y si la idea de la gloria no es la que siempre anima al soldado que se conduce con la mayor bravura, que afronta la muerte atacando los reductos erizados de mortíferas baterías, y cae en la oscuridad de la noche, fusilado en las tinieblas y sin testigos de su valor, ménos debe ser el temor del castigo ó el deseo de la recompensa material

lo que sostenga en todas ocasiones su valeroso aliento. Porque no hay cruces, ni grados, ni pensiones para el que queda envuelto en las sombras de la noche, bajo el sudario ingrato del olvido, confundido entre otros míseros cadáveres, y en cuanto á las penas corporales, no creemos que ni aun en Turquía se encuentre quien se haga matar para librarse de unos cuantos golpes.

Lo mismo sucede en el curso ordinario de la vida. Hay sin duda individuos cuya moral se halla circunscrita á las prohibiciones del Código; pero existen tambien muchos que no se contentan con ser honrados precisamente lo indispensable para no sufrir la punición de las leyes. Hay quien se abstiene del mal y practica el bien sabiendo que la ley no recompensa sino muy pocas veces y deja de castigar muchas.

Sin embargo, se dice que el crimen siempre encuentra su castigo, y la virtud su recompensa, aun en este mundo. El perjurio, el robo, el asesinato, no se ven constantemente castigados en este mundo por la justicia divina ni por la de los hombres. Pueden desgraciadamente esperar la impunidad. Un César Borgia terminó sus días, despues de tantos crímenes y perfidias, con la muerte de los héroes, y nuestros libros sagrados nos muestran más de un malvado que murió cargado de años y de honores.

¿No se ven además atentados idénticos conducir á unos al cadalso y á otros á la cumbre de los honores y el poder?

Se dirá que la conciencia espera al culpable en su hora postrera. La conciencia, ese *instinto divino*, como la llama Rousseau, castigará al ambicioso, al disoluto, al asesino, al avaro. Convenimos que podrán sentir haberse equivocado en los medios de alcanzar la felicidad; pero para que sientan el remordimiento es necesario que haya intervenido otra cosa más que el solo deseo de vivir y morir felices.

Batida en este mundo mortal, la doctrina sensualista se refugió en la vida venidera. Ilustres doctores han sostenido no sólo que el hombre seria castigado ó remunerado despues de su muerte segun sus méritos, sí que no debe hacerse el bien sino con la esperanza de obtener el cielo. Segun ellos, Dios no recompensa los actos del justo porque hayan sido buenos, sino que sus actos son buenos porque recibirán recompensa.

¡Poderoso móvil, el de las recompensas y penas eternas, que debe al parecer determinar en todas circunstancias nuestro libre albedrío de una manera irresistible! Sin embargo, si fuese cierto que el temor del infierno y el deseo de las beatitudes celestiales bastasen á guiarnos por el sendero de la vida, no se veria de seguro un solo creyente que cayera en esos *errores de cálculo* que llamamos *crímenes*. Y no obstante, hay individuos que creen en Dios «hasta temblar», segun la admirable expresion del apóstol San Jaime, y se cubren de toda suerte de infamias, como el supersticioso Luis XI de Francia, Enrique III de Alemania, Enrique VIII de Inglaterra, Felipe II, y tantos otros de que está plagada la historia.

«¿Se atreverán á decir,—observa Bayle,—que los cris-

tianos que se cruzaron para las expediciones á la Tierra Santa, no tenían religion, cuando dejaban su patria para ir á hacer la guerra á los infieles, cuando creían ver ángeles y santos á la cabeza de sus ejércitos, cuando no hablaban sino de prodigios y de milagros? Fuera necesario haber perdido la razon para concebir la menor sospecha de ateísmo en gente como aquella; y sin embargo, cometió los mayores desórdenes que hayan podido oirse, de suerte que los cristianos á quienes fueron á defender, llegaron á odiarles tanto como á los turcos y sarracenos, sus mortales enemigos.»

Hé ahí una gente imbuida en la idea de las penas futuras, para quien esta idea no sirvió de freno.

fundamente distintas. El bien es porque es: *Ego sum qui sum*. Enlazarles y confundirles, hasta el punto de decir que el objeto del hombre es adquirir los goces celestiales, es poner el efecto en el lugar de la causa. «Los preceptos sólidos, estables, fundados en la naturaleza, no pueden ser dados,—ha dicho un sabio,—sino por los que hacen de la honradez el solo, ó el principal objeto que se debe desear para sí mismo.»

El derecho y el deber existen, pues, independientemente de toda consecuencia. El bien por realizar, se nos presenta con un carácter de obligacion que no tiene necesidad de ser sancionado por los terrores ó los apetitos del egoísmo. El hombre desca sin duda la felicidad; pero por



GORI, GORI... cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri

¿Qué hay, pues, que con- cluir? Que el interés personal, que el egoísmo, sea cual fuere la forma que adopte, que se encierre en los goces materiales del individuo, que tome el nombre de simpatía, que se transforme en amor á la gloria, que busque los goces y tema los sufrimientos de la conciencia, que coloque más allá de la tumba el objeto de sus esperanzas y sus motivos de miedo, el egoísmo es una hipótesis que no da cuenta de todos los actos de los hombres.

Dios castigará al malvado. Sin duda; pero para que Dios le castigue, es necesario que haya sido verdaderamente malvado, sin lo cual no será sino un desgraciado. «Si debiéseis ser condenado por haber hecho el bien,—ha dicho San Clemente de Alejandría,—todavía fuera necesario hacerlo.» Y Santa Teresa de Jesus: «Quiero extinguir el infierno y quemar el cielo, á fin de que no se ame á Dios sino por él mismo.»

Amar á Dios por él mismo, es en lenguaje humano amar y practicar la justicia sin temor y sin esperanza; lo contrario no es amar á Dios, sino á sí mismo; no es hacer el bien, sino practicar la usura. ¿Y cómo se podría imaginar que el amor de sí mismo merezca las remuneraciones del cielo, cuando de fijo no es un título al reconocimiento de los hombres?

San Ambrosio, el que detuvo al emperador Teodosio á la puerta de su iglesia, despues de la matanza de Tesalónica, dando así un noble ejemplo á los prelados venideros, escribió: «El cristiano no debe pedir recompensa de su virtud.»

Es dulce, es consolador, es razonable creer que el justo no muere por completo, que el mártir que se ha sacrificado por la patria sin obtener otra cosa que el insulto, la prision, el destierro, ó el cadalso, ha de encontrar al fin en un mundo mejor la paz y la gloria que á nuestro juicio le son debidas; pero de hecho muchos se sacrifican sin pensar en la felicidad celestial. Bajo el punto de vista de la equidad, el que afronta algunos dolores pasajeros en cambio de la eterna beatitud, no es un mártir, es un calculador juicioso.

«Buscad primeramente el templo de Dios y su justicia; y todas estas cosas cs serán añadidas.

»Y así no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado;»—ha dicho San Mateo.

Y en efecto, el bien y la recompensa son cosas pro-

LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLIN



BARON DE COURCEL
representante de Francia



E. M. STANLEY
representante de la Sociedad Africana belga



VON KIND
representante de Dinamarca



EL DR. BUSCH
sub-secretario de Estado



VON KUSSEROW
consejero de legacion



CONDE DE KAPNIST
representante de Rusia

Representantes de Alemania



VAN DER HOEVEN
representante de Holanda



VAN SER STRAATEN-PONTHOZ

Representantes de Bélgica



BARON LAMBERT

encima de la felicidad, do quiera la coloque, pone aún otra cosa, la ley del deber y del sacrificio.

Día vendrá quizás en que esos dos principios de acción se confundan casi en uno solo, y en que el bien particular esté de tal modo unido al bien general, que casi no haya ya lugar al sacrificio. Es el límite á que tiende lo que llamamos *progreso*, sin que jamás seguramente se pueda alcanzar. Para acercarse á él, es preciso ante todo no relegar el sacrificio á la esfera de las acciones raras y heroicas, abandonando al egoísmo puro las cosas ordinarias de la vida. Es necesario, en las circunstancias más comunes, poner en práctica la divina máxima: «Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos.» Son excepcionales las ocasiones en que nos es dado verter la sangre por la patria, y aún

esto solo les está reservado á algunos privilegiados; pero á cada instante podemos aliviar á nuestro hermano tomando parte de su carga, ó por lo ménos podemos dejar de hacerle sufrir.

Estad dispuestos, pues, á arrojaros á la sima de Curcio, ó á precipitaros á través de las llamas para salvar no sólo á vuestra madre, sí que al más humilde de vuestros prójimos.

Y si no hay ruina ni incendio, sentíos bastante fuertes para practicar la igualdad con los que os rodean, esto es, para no preferiros á ellos en ninguna cosa; sabed hacer callar en vosotros la vanidad, que hiere, reprimir la incuria, que vive del trabajo de los demás, libraros, en fin, de esos mil pequeños defectos que bastan á envenenar la vida, porque la vida se compone de pequeños acontecimientos.

Si sois incapaces de ello, no habéis de Roma y de Atenas, de Décio y de Leónidas. No digáis que seréis grandes ciudadanos en un momento dado; esperando el momento, que quizás nunca llegue, no seréis sino unos egoístas.

Y siendo unos egoístas, os despojais de cuantos derechos pudierais tener á la consideración de vuestros semejantes.

¿El que todo lo quiere para sí, qué derecho tiene á exigir ni á esperar nada de los demás?

El egoísmo entraña sus efectos contraproducentes; es como el manzanillo, que da la muerte al que comete la torpeza de buscar una sombra amiga bajo sus deletéreas ramas.

JUAN JUSTO UGUET

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON.